

Los Ángeles Perdidos

La voz de alarma la dio Unicef, una organización humanitaria encargada de vigilar la situación de la infancia más desfavorecida. Una vez encendida la mecha, los medios de comunicación reaccionaron de manera desigual. Algunos titularon en primera página, otros consideraron suficiente con darlo como noticia breve.

Mientras, el *Etireno*, llamado el barco de los horrores o de la vergüenza, siguió buscando un puerto donde desembarcar su supuesta carga formada por 250 niños esclavos. Hasta la Interpol recibió órdenes de buscar el barco fantasma. Incluso el juez Baltasar Garzón, de guardia en su Juzgado de la Audiencia Nacional en Madrid, aceptó la denuncia hecha por la Asociación pro Derechos Humanos.

Se temió que los responsables de esta práctica inhumana y degradante hubiesen tirado a los niños al mar para esconder el cuerpo del delito. Hasta que el barco llegó al mismo puerto de donde salió dos semanas antes. Sí, había niños, pero iban acompañados por sus padres, inmigrantes ilegales que buscaban una vida mejor en países con mejores perspectivas laborales.

Qué importa si había dos barcos y uno hacía de tapadera. Qué importa si esta vez se trató de un *bluff*. La esclavitud existe, por mucho que algunos se mofen de las víctimas. La esclavitud existe, y no sólo en África. También en Asia, América, Europa, incluso en nuestro país y hasta en Ginebra, sede europea de las Naciones Unidas.

Existe si consideramos esclavo a toda aquella persona sobre la que otra ejerce derecho de propiedad. Porque si lo que buscamos son esclavos con argollas que son azotados hasta la muerte, no encontraremos ni rastro del drama. Esas formas quizá pasaron a la historia. Pero sigue vigente el concepto ignominioso.

"Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre", dice el artículo IV de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de diciembre de 1948. Pero, como otros principios valiosos para la humanidad, éste también se convierte en papel mojado con bastante regularidad.

Dedos hábiles para trenzar

Nada menos que 73 millones de niños viven en un régimen parecido a la esclavitud, de ellos un 60 por 100 en Asia. Sus dedos hábiles son apreciados para trenzar alfombras o coser balones de marca.

Nike ha pagado y sigue pagando miles de millones de pesetas a las estrellas que más brillan en el firmamento deportivo, pero los niños costureros de sus balones en Paquistán apenas recibían 9 pesetas por hora de trabajo en 1998. En ese año, coincidiendo con el Mundial de fútbol, que perdió Brasil y ganó Francia, las denuncias contra la firma se dispararon.

Los contratos con equipos y futbolistas eran un baile desorbitado de miles de millones de dólares. Por ejemplo, la selección de Brasil y el Inter de Milán habían firmado contratos con Nike por más de 200 millones en diez años (38.000 millones de pesetas). La compañía de artículos

deportivos vendía ilusión en el *primer mundo* entre los niños que amaban a sus ídolos mientras trataba como esclavos a niños parecidos en países del Tercer Mundo.

El de 1998 fue un año que empezó con una gran denuncia internacional. En febrero, niños sudaneses desnudos caminaban en fila tras su dueño, un mercader árabe de esclavos, hacia el punto de reunión con la organización humanitaria suiza Solidaridad Cristiana Internacional, que había decidido comprar a los cautivos para luego liberarlos. Desde 1995, esta organización ha conseguido liberar a 11.000 esclavos en Sudán, poco más de un 10 por 100 del total existente. Por cada esclavo ha pagado entre 10.000 y 19.000 pesetas, al cambio actual del dólar.

La práctica de esta organización fue muy criticada por grupos como African Rights, que afirmaban que la compra de esclavos podía provocar una espiral muy peligrosa: el aumento del precio del esclavo. La organización se defendió diciendo que "lo importante era conseguir liberar a seres humanos que habían sido humillados".

Pocos meses después, el comité español de Unicef, la misma organización que hoy ha denunciado el viaje del supuesto barco negrero, pidió que se investigara la situación de 200 niños, en su mayoría de origen portugués, que trabajaban jornadas maratónicas en la recolección del tomate en Badajoz.

De "veraneo" en Badajoz

Como si se tratara de una forma de *veranear* como otra cualquiera, los niños trabajaban más de diez horas diarias para su amo. Entonces, José Juan Ortiz Bru informó que Unicef lo llamaba trabajo infantil, prohibido por convenciones internacionales, a cualquier jornada de ayuda familiar que sobrepase las dos horas.

Por supuesto, las autoridades extremeñas y del Gobierno central se enzarzaron en una disputa en la que nadie asumió sus responsabilidades y la denuncia se diluyó entre los estertores del verano. ¿Era explotación laboral, era una forma como otra de *veranear* o quizá habría que utilizar sin contemplaciones el término esclavitud?

Hace apenas dos años salió a la luz pública un informe demoledor en el que se acusaba a diplomáticos de la ONU de "explotar a esclavos". Una organización humanitaria llamada Sindicato Sin Fronteras había conseguido documentar 150 casos contra diplomáticos acreditados en Suiza y con sede en Ginebra, la capital de los derechos humanos, a los que acusaba de pagar "sueldos miserables, obligar a horarios salvajes de hasta 16 horas al día y siete días a la semana, impago a la seguridad social, malos tratos, secuestro, acoso sexual e incluso violación". Los casos judiciales afectaban a países europeos como Suecia, africanos como Libia y Nigeria, y asiáticos como India y Bangladesh.

En este repunte informativo sobre un problema olvidado hemos sabido que "en India hay más de diez millones de niños en situación de siervos por deudas". El Frente para la Liberación del Trabajo Esclavo ha localizado personas que "se veían obligadas a pagar con su trabajo deudas contraídas por sus antepasados hace ocho generaciones".

En abril de 1995 pudimos ver el cadáver de Iqbal Masih rodeado de sus familiares. Ese niño de 12 años fue asesinado tras lanzar una cruzada contra la esclavitud infantil en Paquistán. Había sido vendido a los cuatro años de edad por sus padres a un fabricante de alfombras que pagó por él 2.500 pesetas. Trabajó hasta los 10 años trenzando con sus dedos alfombras y tapices. Le pagaban una rupia al día, menos que nada.

Este niño ejemplar, ya olvidado por esa maquinaria infernal que convierte la historia en un olvido permanente de los acontecimientos que valen la pena, al mismo tiempo que exalta las historias más triviales, lideró una campaña para mejorar las condiciones de los niños esclavos. Cuando se sintió fuerte, dijo públicamente: "Ya no temo al patrón, él me teme a mí". Esta declaración de principios le costó la vida.

En las guerras que invaden nuestro mundo unos 300.000 niños ejercen de dueños absolutos de la vida y la muerte. Antes de convertirse en pequeños asesinos en serie, verdugos y víctimas al mismo tiempo, jugaban o estudiaban en pequeñas aldeas donde vivían una infancia pobre, pero feliz. Hasta el día que los jefes de un grupo armado regular o irregular, gubernamental o guerrillero, atravesaron sus aldeas, los secuestraron tras matar a sus familias y les obligaron a aprender el oficio maligno de la guerra.

Primero son utilizados como porteadores y después de un breve aprendizaje pasan a formar parte del grupo armado. Las niñas son utilizadas como esclavas sexuales. Pocas sobreviven; la mayoría, envenenadas por el Sida y el odio. "Hace mucho que dejé de ser una niña", contaba Hawa, de 13 años, en enero pasado en Freetown. Se miraba en el espejo y una extraña y triste mueca atravesaba su bello rostro. Había pertenecido a un grupo guerrillero y se había acogido a un plan de rehabilitación para niños soldados. Su biografía había cambiado para siempre el día que la secuestraron en su aldea.

El incentivo del sexo

Dos millones de menores se dedican a la prostitución y a la pornografía. Una investigación abierta en Alemania hacia unos cinco años para procesar a dos alemanes por delitos sexuales cometidos con niños en Sri Lanka denunció que cada año entre 40.000 y 60.000 turistas alemanes viajaban a Tailandia en busca de sexo barato, "cuanto más joven y fresco, mejor". Los incentivos sexuales (no específicamente con menores) eran utilizados para premiar a empleados modelo en Alemania y también en España. El país más poderoso de la Comunidad Europea se vio obligado a reformar el Código Penal en 1993 para poner coto a los abusos sexuales contra niños, aunque fuesen cometidos en el extranjero. A pesar de la normativa vigente, un millón de niños se suman cada año al mundo de la pornografía. Demasiados niños para que se trate de una práctica sólo de obsesos sexuales crónicos.

En el golfo de Guinea, por donde ha vagado sin rumbo durante dos semanas el *Etierno* con su carga fantasma, se encuentra la llamada *Costa de los Esclavos*, entre las desembocaduras de los ríos Níger y Delta. En el siglo XVII, holandeses e ingleses establecieron puestos de venta de esclavos. Benin, entonces Dahomey, era el principal puerto. Se comerció legalmente con esclavos

hasta el siglo XIX. En 1772, un decreto estableció que todo esclavo furtivo que se hallase en territorio británico era libre automáticamente. La esclavitud fue legal en Arabia hasta 1962.

Temo que pronto este gravísimo hecho que afecta a millones de seres humanos (no sólo niños) en todo el mundo pronto desaparecerá de nuestros problemas de cabecera. Desaparecerá como ha aparecido. Fantasmalmente.